

Canonización de Alberto Hurtado Cruchaga,S.J.

2005/12

A TODOS LOS SUPERIORES MAYORES

Querido Padre:

P.C.

Cuando Alberto Hurtado estaba en Lovaina y se acercaba su ordenación sacerdotal, mi predecesor Padre Juan Bautista Janssens, Rector del teologado de Lovaina durante la permanencia de Hurtado, escribía así al Padre Provincial de Chile: *“Permítame, desde ahora, testificarle cuán grande edificación nos ha dado a todos el Padre Hurtado por su piedad, regularidad, entusiasmo y constancia en los estudios, caridad, discreción, buen trato con todos; ciertamente ha ido delante de sus compañeros por su ejemplo. Es querido de todos. Juzgo que el Señor ha destinado a su Provincia a un hombre verdaderamente eximio; por lo menos así nos parece a nosotros”* (carta del 22 febrero 1933).

Así ha sido en realidad; al cabo de tantos años, he podido seguir de cerca personalmente el trabajo realizado por la causa del P. Hurtado, asistir a su beatificación, y ahora escribir esta carta a toda la Compañía con ocasión de su canonización.

Alberto Hurtado Cruchaga, nació en Viña del Mar (Chile) el 22 de enero de 1901. A la edad de cuatro años quedó huérfano de padre; su madre se vio obligada a vender su modesta propiedad en condiciones desfavorables para poder pagar las deudas de la familia. Como consecuencia, Alberto y su hermano tuvieron que ir a vivir con parientes y cambiar con frecuencia de casa. Sólo a los 20 años pudo vivir con su madre y su hermano menor Miguel en una vivienda propia.

Alberto experimentó, pues, desde niño la condición de pobre, sin casa y a la merced de otros; probablemente esto tuvo un influjo inconsciente pero real en lo que sería su ministerio apostólico. Al mismo tiempo, la cercanía y afecto maternos tuvieron un efecto positivo de gran alcance en el desarrollo de su personalidad y de su espíritu. Su madre fue la que enseñó a Alberto que es bueno tener las *“manos juntas para orar, pero abiertas para dar”*.

Una beca de estudio le dio la oportunidad de frecuentar el colegio de los jesuitas de Santiago. Allí se hizo miembro de la Congregación Mariana y, como tal, se interesó vivamente por los pobres, visitándolos en los barrios más miserables cada domingo por la tarde. Concluidos los estudios secundarios en 1917, hubiera querido hacerse jesuita, pero le aconsejaron retrasarlo para ocuparse de su madre y su hermano menor. Trabajando por las tardes y de noche, logró mantener a los suyos y, al mismo tiempo, estudiar derecho en la Universidad Católica. Aun durante ese período mantuvo su interés por los pobres y siguió visitándolos todos los domingos.

Esta situación es significativa para comprender algunas notas características de la actividad sacerdotal que desarrollaría más tarde; así como también el tema que escogió para

la licenciatura “*La reglamentación del trabajo de menores*” y el de la tesis doctoral “*El trabajo a domicilio*” cuyo doctorado consiguió después de la interrupción del servicio militar, a comienzos de agosto de 1923.

El 14 de aquel mismo mes entraba en el Noviciado de la Compañía de Jesús, en Chillán; en abril de 1925 era enviado a Córdoba (Argentina), para concluirlo. Emitidos los primeros votos religiosos, pasó otros dos años en Córdoba para completar su formación humanista. En 1927 fue enviado a Barcelona (España), para los estudios de filosofía y teología; debido a la disolución de la Compañía en aquel país el año 1931, tuvo que partir para Bélgica y completar en Lovaina el cuatrienio de teología.

Gracias a sus dotes y a su extraordinaria aplicación en los estudios, se las agenció para frecuentar al mismo tiempo los cursos de Pedagogía y Psicología en la universidad estatal, consiguiendo primero la licencia y luego el doctorado. Terminado el tercer año de Teología, fue ordenado sacerdote en Lovaina, el 24 de agosto de 1933. Hizo el año de Tercera Probación en Drogen, también en Bélgica; fue éste para él un período de intensa espiritualidad en el que, sobre la base de sus estudios bíblico-teológicos, se familiarizó cada vez más con nuestro Señor, conformándose de modo creciente con el modo de pensar y obrar de Jesucristo.

Completado el clásico ciclo de formación de la Compañía, en enero de 1936 regresó a Chile, su patria, donde el 2 de febrero de 1941 emitió la profesión solemne.

Una vez inserto en la realidad de Santiago, comenzó a desarrollar una intensa actividad educativa: enseñó religión en el Colegio San Ignacio y pedagogía en la Universidad Católica; encargado de la Congregación Mariana de los alumnos, los comprometió en el trabajo de catequesis con los pobres; dando tandas de Ejercicios Espirituales, dirigió a muchos jóvenes, acompañando a algunos en su respuesta a la vocación sacerdotal y fomentando en los laicos la toma de conciencia del deber que incumbe a todo bautizado de vivir con coherencia el cristianismo en su propia forma de vida, lo cual comporta tomarse en serio el compromiso de ocuparse del prójimo y de vivir la caridad efectiva. En su trato con las personas acomodadas, empresarios y patronos, se propuso formar cristianos responsables, colaboradores de Cristo en el modo de organizar la sociedad según los principios cristianos; ocupándose de los obreros, se prodigó para desarrollar y difundir un concepto auténticamente cristiano del trabajo, rompiendo la brecha entre vida cristiana y mundo del trabajo: “*En el trabajo es donde el obrero debe santificarse*”. De esta visión surgió precisamente su afán por crear un sindicato cristiano obrero inspirado en la doctrina social de la Iglesia.

En 1941, se le pidió ocupar el cargo de Asesor de la Acción Católica, primero en la Arquidiócesis de Santiago y luego a nivel nacional, cargo que desempeñó hasta 1944. Atento siempre a las personas más necesitadas de ayuda, a los marginados, a los que vivían en soledad, y siempre dócil a las inspiraciones de Dios, en octubre de 1944, mientras daba ejercicios, hizo un llamamiento a sus oyentes a pensar en los numerosos pobres de la ciudad. Sus palabras suscitaban inmediatamente una generosa respuesta; fue el comienzo de la iniciativa con la que el Padre Hurtado es más conocido: “*El Hogar de Cristo*”, una forma de actividad caritativa que proporciona a los sin techo no sólo un lugar donde vivir sino también un cálido ambiente familiar de amor humano.

Gracias a las contribuciones de bienhechores y a la activa colaboración de laicos comprometidos, abrió una primera casa de acogida para muchachos jóvenes, luego para

mujeres, y más tarde para niños: los pobres encontraban finalmente un hogar propio, el de Cristo. Rápidamente fueron multiplicándose las casas pensadas y dirigidas con este objetivo, que fueron tomando nuevas dimensiones: centros de rehabilitación en algunos casos, instituciones de formación profesional en otros. Todo ello inspirado siempre y penetrado de valores cristianos. Según las propias palabras del Padre Hurtado, la finalidad del *Hogar de Cristo* es hacer que las personas acogidas en él desarrollen gradualmente *la conciencia del valor que tiene cada cual como persona, de su dignidad de ciudadano, y más aún de hijo de Dios*.

En medio de su intenso apostolado sacerdotal, el Padre Hurtado siguió desarrollando una notable actividad intelectual como escritor y promovió el conocimiento y difusión de la doctrina social cristiana. Así fue como, entre 1947 y 1950, escribió tres importantes libros sobre los sindicatos, el humanismo social y el orden social cristiano.

En 1951, lanzó la revista *Mensaje*, dedicada precisamente a difundir la doctrina de la Iglesia. A través de este órgano de prensa católico, se propuso ejercer un influjo en el mundo del pensamiento y orientar la conducta de los católicos en la realidad contemporánea – según lo expresó él mismo – “*con el Mensaje que el Hijo de Dios ha traído del cielo a la tierra*”.

Un cáncer de páncreas lo llevó en pocos meses al final de su vida: en medio de atroces dolores se le oía repetir con frecuencia: “*¡Contento, Señor, contento!*”. Tras una vida dedicada a manifestar el amor de Cristo a los pobres, Cristo lo llamó a sí el 18 de agosto de 1952.

Estos son los principales hitos de la vida del Padre Alberto Hurtado, hombre de Dios a quien Juan Pablo II declaró Beato el 16 de octubre de 1994 y que será canonizado el 23 de octubre de 2005 por Benedicto XVI.

De todas las fuentes relacionadas con la vida y obras del Padre Hurtado resalta de manera evidente que, desde sus primeros años, fue dócil a las mociones del Espíritu de Dios y que, con el andar del tiempo, se dejó atraer y conquistar cada vez más por Cristo, haciendo una verdadera oblación de sí mismo al Eterno Señor, tal como la proponen los Ejercicios Espirituales (nº 98). Los que lo trataron no vacilan en decir que fue verdaderamente un “enamorado de Cristo”. Esto constituye indudablemente el núcleo principal de su vida como joven estudiante, como jesuita y como sacerdote, y de ello se derivan las otras notas distintivas de su modo de obrar y de tratar con las personas.

Lo que predomina en el Padre Hurtado es su capacidad de amar: un don concedido por Dios, que él supo desarrollar estableciendo, a la luz del Evangelio, una amistad cada día más intensa y personal con Nuestro Señor. Conforme al pensamiento de San Ignacio, contemplando los misterios de la vida de Jesús fue adquiriendo una creciente familiaridad con el Señor, razón de ser de las actitudes que le fueron características. Precisamente porque era un verdadero enamorado de Cristo fijó su mirada en el Señor Jesús y en el modo como Él vivió en la tierra, contemplando durante largas horas la manera como Jesús había actuado en las diversas situaciones en que se encontró. Con los ojos del corazón, admiró sobre todo el modo como Jesús prestó atención a las personas, cómo hizo suyos los sufrimientos de los que demás; se dejó fascinar por Jesús y así su modo de pensar y de vivir se fue haciendo parte de su ser: se conformó a Cristo y se hizo auténtico discípulo suyo.

La relación del Padre Hurtado con el Señor no tuvo, pues, nada que ver con un espiritualismo intimista lejano de la realidad: fue un compartir verdadera y prácticamente con el modo de vivir de Cristo, tratando con las personas, mirándolas y amándolas de modo efectivo y real en el contexto social en que se encontraban, como necesitadas de auténtico calor humano, de interés, formación y justicia.

El sentido de madurez que caracterizó al Padre Hurtado y la seriedad con que se preparó para asumir sus compromisos como jesuita y sacerdote, hicieron que conservase, a lo largo de los años, aquel sano equilibrio con el que logró compaginar la tensión de tener que responder a las necesidades de los demás y mantener siempre vivo el contacto personal con Nuestro Señor. Buscó fielmente este punto medio, convencido como estaba de que solamente estando unido a Cristo podía ser un instrumento en las manos de Dios y recibir de Él la luz y la bondad para difundirla entre la gente.

Así es como, no obstante los múltiples compromisos y exigencias del apostolado, el Padre Hurtado encontró siempre largos espacios de tiempo para emplearlos en compañía del Señor. Sabía muy bien que lo importante no era lo que él pudiera hacer por el bien de su país, sino sólo lo que Dios le comunicara; de ahí su intensa necesidad de emplear largo tiempo en la oración y pedir que la gente de su querida patria se abriese a la luz que solo Dios puede dar.

Esta intimidad con Dios fue para él una prioridad absoluta y, al propio tiempo, el manantial de su gran amor a los chilenos: quería comunicarles y transmitirles los auténticos bienes del progreso y del desarrollo según los criterios de Dios y la sabiduría de cuanto Él nos ha revelado.

De este constante contacto con el Señor provenía su singular capacidad para darse cuenta de las necesidades reales de las personas y encontrar el modo de satisfacerlas con una delicadeza y solicitud que reflejaban la que mostró Cristo al ocuparse de los necesitados. Esta viva relación con el Señor fue la que le dio una singular capacidad interior de equilibrio, paz y confiada serenidad, aun en medio de las dificultades y sufrimientos que con frecuencia tuvo que afrontar.

El interés que manifestó por el prójimo estaba además caracterizado por una extraordinaria nota de calor y cercanía, que no siempre se dan en los que ejercitan el apostolado. La explicación de este hecho la encontramos en el hecho de que Jesús, presente en la Eucaristía, fue su centro de atracción. En la celebración eucarística diaria unía su corazón al del Salvador que dijo: *“El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él”* (Jn 6,56). Por eso podía decir: *“Mi Misa es mi vida, y mi vida es una Misa prolongada”*. En las horas transcurridas en silenciosa adoración ante el sagrario, dejaba que el Señor resucitado le comunicara su Espíritu y trasfundiera a su ánimo la llama viva de bondad y amor, característicos del modo como se acercaba a las personas en unión con Cristo.

De este vínculo con el Señor, vivo y presente entre nosotros, sacó la fuerza y la delicadeza que distinguieron su apostolado y que lo convirtieron en una auténtica continuación de la misión del Señor.

Fue, pues, un *sacerdote* según el Corazón de Cristo; al celebrar la Eucaristía, se asociaba al sacrificio del Redentor y, alimentándose de su Cuerpo y de su Sangre, recibía de él la fuerza para darse a los demás y cumplir el mandato del Señor: *“Haced esto en memoria*

mía". Así es como Alberto Hurtado se gastó enteramente, sin retener nada para sí mismo, y se consumó en el servicio de los demás.

El Padre Hurtado fue un verdadero *contemplativo en la acción* a quien las horas trascurridas en conversación con el Señor le daban la fuerza y capacidad de hallar a Dios en el mundo que le rodeaba, ser instrumento de Dios, cumplir su voluntad trabajando y obrando como si todo dependiese de él, pero profundamente consciente de que, de hecho, todo dependía de Dios. Algunas palabras del Señor le eran particularmente queridas y él las repetía con frecuencia: "*Permaneced en mí y yo en vosotros... Quien permanece en mí y yo en él dará mucho fruto, pues sin mí no podéis hacer nada*" (Jn 15, 4 y 5). Estas palabras le guiaron en toda su vida sacerdotal.

Es, pues, un hecho muy significativo que la canonización del Padre Hurtado tenga lugar el 23 de octubre de 2005, último día del Sínodo sobre la Eucaristía. Que a ejemplo del nuevo Santo de la Compañía de Jesús, gracias a la celebración diaria de la Eucaristía, crezca en la Compañía y por la misión de la Compañía esta "grandísima señal de su amor" (Ejs. 289).

Fraternalmente en el Señor,



Peter-Hans Kolvenbach, S.J.
Prepósito General

Roma, 21 de junio de 2005